

habiendo recorrido ya conmigo todos estos países, familiarizado con las costumbres de todas estas tribus, hombre de valor, de inteligencia y de probidad, adicto de corazón á la Francia, este joven podria ser utilísimo al gobierno en nuestras escalas de Siria.

He aquí la relacion literalmente traducida de Fatalla Sayeghir.

RELACION

DE

FATALLA SAYEGHIR.

.....

A la edad de diez y ocho años salí de Alepo, mi patria, con un fondo de géneros para ir á establecerme en Chipre, y como tuve bastante suerte en el primer año en mis operaciones mercantiles, les tomé aficion y tuve la fatal idea de hacer para Trieste un cargamento de productos de la isla : al poco tiempo estuvieron embarcadas mis mercancías, que consistian en algodón, seda, vinos, esponjas y coloquintidas. El 18 de marzo de 1809, mi buque, al mando del capitán *Chefalinati*, dió la vela, y ya calculaba yo los provechos de mi especulacion, cuando en medio de mis dulces ilusiones me llegó la funesta noticia de haber sido apresado mi buque por una fragata de guerra inglesa, que lo llevó á Malta. Precisado por tamaña pérdida á declararme en quiebra, tuve que retirarme del comercio, y

completamente arruinado, dejé á Chipre para volverme á Alepo.

Pocos dias despues de mi llegada, comí en casa de un amigo mio con varias personas, entre las cuales habia un estrangero muy mal vestido, pero á quien todos sin embargo hacian mucho acatamiento. Despues de comer tuvimos un poco de música, y habiéndose sentado junto á mí aquel estrangero, me dirigió la palabra con afabilidad: hablamos de música, y despues de una conversacion bastante larga, me levanté para ir á preguntar su nombre, y supe que se llamaba el señor Lascaris de Vintimille y que era caballero de Malta. Al dia siguiente le ví entrar en mi casa con un violin en la mano. — « Hijo mio, me dijo al entrar, ayer noté cuan aficionado sois á la música; ya os considero como á hijo mio y os traigo un violin que os ruego acepteis. » Recibí con sumo placer aquel instrumento, que hallé muy de mi gusto, y le dí las mas espresivas gracias; despues de dos horas de una conversacion muy animada, durante la cual me hizo mil preguntas sobre toda especie de cosas, se retiró, pero volvió al dia siguiente, y así continuó sus visitas por espacio de quince dias: luego me propuso que le diese lecciones de árabe, de una hora por día, por las cuales me ofreció cien piastras mensuales. Acepté con gus-

to aquella ventajosa proposicion, y á los seis meses de leccion ya empezaba á hablar y á leer el árabe muy regularmente. Un dia me dijo: « Hijo mio, (pues así me llamaba siempre) veo que teneis una aficion decidida al comercio, y como deseo pasar algun tiempo con vos, quiero ocuparos de un modo que os sea agradable. Ahí teneis dinero; comprad algunos géneros de los mas estimados en Homs, en Hama y en sus cercanías, los llevaremos á esos puntos adonde van pocos tratantes, y ya vereis como hacemos buenos negocios. » El deseo de no separarme del señor Lascaris y la persuasion de que aquella empresa nos seria ventajosa, me hicieron aceptar su proposicion sin titubear, é inmediatamente empecé, en vista de una nota que me dió, á hacer las compras, que consistian en los siguientes géneros: lienzo colorado, ambar, corales en rosarios, pañuelos de algodón, pañuelos de seda negra y de color, llamados *cafiés*, camisas negras, alfileres, agujas, peines de box y de hueso, sortijas, bocados para caballos, brazaletes de vidrio y otras baratijas de esta materia, á todo lo cual añadimos productos químicos, especias y drogas. Por todos estos géneros pagó el señor Lascaris once mil piastras ó dos mil *talaris*.

— Cuantas personas de Alepo me veian comprar

estas mercancías me decían que el buen Lascaris se había vuelto loco, y efectivamente su trage y sus modos le hacían pasar por tal. — Llevaba una barba larga y mal peinada, un turbante blanco muy sucio, un mal balandran ó *gombaz* con una chaqueta por encima, un cinturón de cuero y zapatos colorados, sin medias: cuando se le hablaba, hacía como que no entendía lo que se le decía. Pasaba la mayor parte del día en el café, y comía en el bazar, cosa que no hacen nunca las personas decentes. Estas extravagancias tenían un objeto, como más adelante supere, pero los que no le conocían, le creían tocado de la cabeza. Por lo que á mí toca me parecía muy cuerdo y sensato; sobre todo discurría bien, y en suma, tenía por un hombre superior. Un día, cuando todas nuestras mercancías estuvieron encajonadas, me hizo llamar para preguntarme qué decían de él en Alepo. « Dicen, le « respondí, que estais loco. — ¿ Y á vos qué os « parece? repuso. — A mí me parece que sois « muy cuerdo y muy instruido. — Espero pro- « bároslo con el tiempo, me dijo; pero para eso « es preciso que os obligueis á hacer cuanto os « mande, sin replicar ni preguntarme la razón; « obedecerme en todo y por todo; en fin, exijo « de vos una obediencia ciega, y creed que no « tendreis por qué arrepentiros de ello. » —

Luego me dijo que fuese á comprarle mercurio y así lo hice inmediatamente: mezclólo con grasa y otras dos drogas que yo no conocía, y me aseguró que ciñéndose el cuello con un hilo de algodón empapado en aquella mezcla no había que temer las picaduras de los insectos. Díjeme entre mí que no había bastantes insectos en Homs ó en Hama para exigir semejante preservativo, y que por consiguiente sin duda le destinaba para algún otro país; pero como acababa de prohibirme que le hiciese ninguna observación, me contenté con preguntarle qué día partiríamos para ajustar con tiempo á los camelleros. — « Treinta días os doy, me respondió, para « divertirós; mi caja está á vuestra disposición; « divertios bien, gastad cuanto querais — no os « andeis en reparos. » — Esto es, dije para mí capote, que quiere que me despida de este mundo; — pero el tierno afecto que ya entonces le profesaba pudo más que esta reflexión; no pensé más que en lo presente, y aproveché el plazo que me concedía para divertirme bien, pero ¡ oh! el tiempo del placer pasa pronto. Cumplióse el plazo, y aprovechando la ocasión de una caravana que iba á Hama, el jueves 18 de febrero de 1810 salimos de Alepo y llegamos á la aldea de Saarmin, al cabo de doce horas de marcha: al día siguiente salimos para Nuarat el Nahaman, lindo

pueblecito á seis horas de camino, famoso por la salubridad del aire y la bondad de sus aguas, y patria de un célebre poeta arabe llamado Abou el Hella el Maari, ciego de nacimiento. Este poeta aprendió á leer y á escribir por un método muy singular: metiase en un baño de vapor mientras que con agua de nieve le trazaban sobre la espalda el dibujo de los caracteres árabes. Citanse de él muchos rasgos de admirable sagacidad, y entre otros este: — hallándose en Bagdad, en casa de un kalifa á quien siempre estaba ponderando el aire y el agua de su pais, hizo traer el kalifa agua del rio de Nuarat, y sin avisarle, se la dió á beber, y habiéndola el poeta reconocido al instante, exclamó: — Esta es en efecto su agua límpida, pero ¿donde está su aire tan puro?... Volviendo ahora á nuestra caravana, detúyose dos dias en Nuarat para asistir á una feria que se celebraba allí todos los domingos: fuimos á pasearnos por ella, y entre el gentío perdí de vista al señor Lascaris; despues de haberle buscado por largo rato, acabé por descubrirle en un rincon apartado del concurso, hablando con un beduino muy andrajoso. Pregúntele con sorpresa qué placer hallaba en la conversacion de semejante personage, no pudiendo ni entender su árabe ni hacerle entender el suyo. « El dia en que tengo la dicha de hablar con

« un beduino, me respondió, es uno de los mas felices de mi vida. — En ese caso, repuse, muchos dias felices tendreis porque continuamente te hallaremos á esa casta de gentes. »

Hízome comprar tortas y queso, y se los dió á Hettal (que así se llamaba el beduino), quien se despidió de nosotros dándonos las gracias. El 22 de febrero salimos de Nuarat el Nahaman, y al cabo de seis horas de camino llegamos á Khrau Cheikhria; luego al dia siguiente, al cabo de nueve, á Hama, ciudad considerable, donde á nadie conocíamos y para donde no llevaba el señor Lascaris ninguna carta de recomendacion. Pasamos la primera noche en un café, y alquilamos al dia siguiente un cuarto en el khan de Asshad baja. Estaba yo abriendo los fardos y preparando las mercancías para la venta, cuando me dijo el señor Lascaris con muestras de vivo enojo: « ¡No teneis en la cabeza mas que vuestro miserable comercio! ¡Si supierais cuantas cosas mas útiles é interesantes hay qué hacer! » En vista de esto, no pensé en vender nada, y me fui á recorrer el pueblo. Al cuarto dia, paseándose solo el señor Lascaris, penetró hasta el palacio que está arruinándose, y habiéndole examinado atentamente, tuvo la imprudencia de empezar á tomar sus dimensiones: cuatro vagamundos que estaban jugando en secreto bajo unos arcos ro-

tos, se precipitaron sobre él, amenazándole con denunciarle como culpado de haber querido sustraer tesoros ocultos é introducir *giaours* en el palacio. Con un poco de dinero todo se hubiera arreglado, pero el señor Lascaris se defendió, y escapándose á duras penas, fué á buscarme, y aun no habia acabado de contarme su aventura, cuando vimos entrar dos satélites del gobierno con uno de los delatores. Apoderáronse de la llave de nuestro cuarto, y nos llevaron consigo haciéndonos andar á palos como unos malhechores. Llegado que hubimos á presencia del muzlim Selim Beik, conocido por su crueldad, nos interrogó en estos términos: « ¿ De qué pais sois? — Mi compañero es de Chipre, le respondí, y yo de Alepo. — ¿ Qué motivo os trae á esta tierra? — Hemos venido á comerciar. — Mentís; hay quien ha visto á vuestro compañero ocupado en el palacio tomando medidas y levantando planos, y eso no puede tener otro fin que el de apoderarse de un tesoro ó entregar la plaza á los infieles. » Luego, volviéndose á los guardias: « Llevad, añadió, esos dos perros al calabozo. » No se nos permitió decir una palabra mas; cuando llegamos á la carcel, nos pusieron gruesas cadenas en los pies y al cuello, y nos encerraron en un oscuro calabozo donde estábamos tan estrechos que ni siquiera podia-

mos volvernos. Al poco tiempo obtuvimos luz y pan mediante un *talari*, pero la inmensa cantidad de pulgas y otros insectos que infestaban la prision nos impidieron pegar los ojos en toda la noche: apenas teniamos aliento para pensar en los medios de salir de aquel horrible sitio. Al fin me acordé de un escritor cristiano, llamado Selim, á quien conocia de reputacion por hombre servicial; soborné á uno de nuestros sayones, que fué á buscarle, y al dia siguiente Selim arregló felizmente aquel negocio mediante un regalo de sesenta *talaris* al muzlim y de unas cincuenta piastras á sus dependientes: á este precio obtuvimos nuestra libertad. Aquel encarcelamiento nos proporcionó la ventaja de conocer á Selim y á otras muchas personas de Hama, con las cuales pasamos unos veinte dias muy agradablemente. La ciudad es hermosísima; el Oronte la cruza y la alegra y anima; sus abundantes aguas fertilizan una multitud de jardines. Los habitantes son amables, discretos y vivos; gustan de la poesia y la cultivan con buen éxito: se les ha dado el nombre de pájaros que hablan, nombre que los caracteriza muy bien. Habiendo pedido el señor Lascaris á Selim una carta de recomendacion para un hombre de mediana condicion de Homs, que pudiese servirnos de guia, nos escribió el siguiente billete: « A nues-

« tro hermano Yacub, salud. Los dadores de la
« presente son buhoneros, y pasan á vuestro
« pueblo para vender sus mercancías en las cer-
« canías de Homs; asistidlos en cuanto podais,
« y vuestro afán no será perdido, pues son hom-
« bres de bien. Salud. »

Muy contento el señor Lascaris con esta carta, quiso aprovecharse de una caravana que pasaba á Homs. Salimos el 25 de marzo, y llegamos al cabo de seis horas de camino á Rastain, que no es ya en el día mas que el resto de una antigua ciudad considerable, donde nada merece particular atención. Continuamos nuestro camino, y al cabo de otras seis horas estábamos en Homs. Yacub, á quien entregamos nuestra carta, nos recibió perfectamente y nos dió de cenar: su oficio era hacer capas negras, llamadas *machlas*. Después de cenar, algunos hombres de su condición vinieron á hacerle compañía, á tomar café y á fumar. — Uno de ellos, cerrajero, llamado Naufal, nos pareció muy inteligente: hablónos de los Beduinos, de su modo de vivir y de guerrear, y nos dijo que pasaba seis meses del año en sus tribus para componerles las armas, y que tenia muchos amigos entre ellos. Cuando nos quedamos solos, el señor Lascaris me dijo que aquella noche habia visto á todos sus parientes, y como yo le manifestase mi asombro de que hu-

biese Vintimilles en Homs: — « El encuentro
« de Naufal, me dijo, es mas precioso para mí
« que el de mi familia entera. » Ya era tarde
cuando se retiró, y el dueño de la casa nos dió
un colchon y una manta para los dos. El señor
Lascaris nunca habia dormido con nadie, pero
por bondad insistió para hacerme dormir con él;
por no contrariarle, me eché á su lado, pero
apenas se apagó la luz, me embocé en mi *mach-
las* y pasé la noche tendido en el suelo. Al día
siguiente, al despertarnos, nos hallamos ambos
acostados del mismo modo. El señor Lascaris
habia hecho lo mismo que yo: « Muy buena se-
« ñal es, me dijo, abrazándome, que ambos haya-
« mos tenido la misma idea, hijo mio, pues ten-
« go sumo gusto en darte este título, que no
« dudo te agrada tanto como á mí. » Dile las gra-
cias por el interés que me manifestaba, y salimos
juntos para ir á suplicar á Naufal que nos acom-
pañase por todo el pueblo, y nos enseñase todas
sus curiosidades, prometiéndole indemnizarle
de la pérdida de su jornal. La población de
Homs es de 8,000 almas; el carácter de los ha-
bitantes es en un todo opuesto al del de los de
Hama. La ciudadela, situada en el centro de la
ciudad, está medio arruinada; un brazo del
Oronte baña las murallas, bien conservadas: el
aire es muy sano. — Compramos, por cuarenta

piastras, dos pellizas ó zamarras de pieles de carnero semejantes á las de los Beduinos, que son impermeables. Para estar con mas libertad, alquilamos un cuarto en el Khan, y suplicamos á Naufal que se quedase con nosotros, obligándonos á darle lo que hubiera ganado trabajando en su tienda, esto es, sobre tres piastras diarias. Utilísimo nos fué: el señor Lascaris le hacia mil astutas preguntas, y obtenia de él cuantos indicios deseaba, haciéndole explicar las costumbres, los usos y el caracter de los Beduinos, su modo de recibir á los estrangeros y de portarse con ellos. Treinta dias nos detuvimos en Homs, para aguardar la época de la vuelta de los Beduinos, que por lo comun dejan las cercanías de esta ciudad hácia el mes de octubre para dirigirse al mediodia, siguiendo siempre el buen tiempo, el agua y los pastos, caminando un dia y descansando cinco ó seis. Unos van así hasta Basora y Bagdad, otros hasta Chatt el Arab donde se reunen el Tigris y el Eufrates. En el mes de febrero, empiezan á volver hácia la Siria, y á fines de abril se los ve en los desiertos de Damasco y de Alepo. Naufal nos dió todos estos informes y nos dijo que los Beduinos hacian gran uso de pellizas, semejantes á las nuestras, de *machlas* negros, y sobre todo de *cafiés*; por lo tanto, el señor Lascaris me hizo comprar

veinte pellizas, diez *machlas* y cincuenta *cafiés* de que hice un fardo: esta compra ascendia á 1,200 piastras. — Habiéndonos propuesto Naufal ir á visitar la ciudadela, el temor de una aventura como la de Hama nos hizo titubear al principio, pero mediante su palabra de que no nos sucederia ningun fracaso y de que respondia de nosotros, aceptamos y fuimos con él á ver aquellas ruinas situadas en la cumbre de un cerro, en medio de la ciudad. Este castillo ó alcazar está mejor conservado que el de Hama; en él observamos una gruta escondida y profunda, de la cual salia un caudaloso manantial; el agua se escapa por un boquete de cuatro pies sobre dos, y se precipita por entre barras de hierro, por un segundo boquete. Esta agua es excelente: — contáronnos una antigua tradicion que dice que habiéndose cerrado una vez el paso de aquellas aguas, llegó seis meses despues una diputacion de Persia, que mediante una crecida suma dada al gobierno, obtuvo que se destaparia la abertura y no podria volverse á obstruir en lo sucesivo. Ahora está prohibido y es muy difícil entrar en esa gruta.

De vuelta en la posada, preguntóme Jeque Ibrahim si tomaba apuntes de lo que habiamos visto y de lo que nos habia sucedido desde nuestra salida de Alepo, y habiéndole respondido

que no, me pidió que lo hiciese y procurase recordar lo pasado, llevando un diario puntual de todo, en árabe, para que él pudiese luego traducirlo al frances. Desde entonces empecé á tomar apuntes que él copiaba todas las noches, y me devolvía al dia siguiente : ahora lo reuno con la esperanza de que puedan ser útiles algun dia y proporcionarme una ligera compensacion de mis afanes.

Habiéndose decidido el señor Lascaris á salir para la aldea de Saddad, insté á Naufal á acompañarnos, y reuniéndonos á algunas otras personas, salimos de Homs con todas nuestras mercancías. Al cabo de cinco horas de camino, atravesamos un ancho arroyo que corre del norte al mediodia hácia el castillo de Hasné : este castillo, mandado por un agá, sirve de punto de parada á la caravana de la Meca cuando viene de Damasco. El agua de este arroyo es excelente, y de ella llenamos nuestras odres, precaucion necesaria, porque no vuelve á hallarse agua en las siete horas de camino que hay que andar para llegar á Saddad, adonde llegamos al anochecer. Naufal nos llevó á casa del jeque Hassaf-Abou-Ibrahim, anciano venerable, padre de nueve hijos, todos casados, y que habitan bajo el mismo techo. Recibiéonos perfectamente, y nos presentó toda su familia que se componia de sesenta y cua-

tro personas. Habiéndonos preguntado el jeque si queriamos establecernos en el pueblo, ó viajar por otros paises, le dijimos que éramos comerciantes ; que, como la guerra entre las potencias habia interrumpido las comunicaciones por mar con Chipre, habiamos querido establecernos en Aleppo, pero que habiendo hallado en esta ciudad comerciantes mas ricos que nosotros, nos habiamos decidido á llevar nuestras mercancías á puntos menos frecuentados, esperando así sacar mejor partido de ellas. Cuando supo en qué consistian nuestras mercancías : — « Esos objetos, nos dijo, « no sirven mas que para los Arabes del desierto ; siento decíroslo, pero os será imposible llevar hasta ellos, y aun cuando pudierais lograrlo, correriais riesgo de perderlo todo y aun la vida, porque los Beduinos son codiciosos y muy osados ; querrán apoderarse de vuestras mercancías, y si oponéis la menor resistencia, os asesinarán de cierto. Sois personas de honor y delicadeza y os será imposible soportar su grosería ; os hablo así por puro interés por vosotros, porque yo tambien soy cristiano. Creédme, abrid aquí vuestros fardos, vended cuanto podais y volveos en seguida á Aleppo, si queréis conservar vida y hacienda.» Acababa apenas de decirnos esto, cuando los principales vecinos del pueblo, reunidos en su casa para ver-

nos, empezaron á contarnos historias tremendas: uno nos dijo que un buhonero, que venia de Alepo é iba al desierto, fué saqueado por los Beduinos y se volvió en cueros: otro supo que un mercader de Damasco habia sido asesinado: todos estaban acordes sobre la imposibilidad de penetrar entre las hordas de los Beduinos, y procuraban, por todos los medios posibles, disuadirnos de tan arriesgada empresa. Ya veia yo al señor Lascaris irse turbando; volviose hácia mí y me dijo en italiano para que no le entendieran los otros: « *¿ Cosa dite di questa novità, che mi ha molto scoragito?* » — « No creo, le respondí, « en todas esas historias, y aun dado que fueran « ciertas, todavía deberiamos perseverar en « nuestro proyecto. Desde que me habeis anun- « ciado vuestra intencion de ir entre los Bedui- « nos, he renunciado á la esperanza de volver á « ver mi patria, considerando los treinta dias « que me concedisteis en Alepo para divertirme, « como mi despedida del mundo. Considero « nuestro viage como una verdadera campaña, y « el que parte para la guerra, si está bien resuel- « to, no debe pensar en la vuelta. No nos desa- « lentemos; aunque Hasaf es un jeque², tiene

¹ Qué decís de esa novedad, que me ha desanimado mucho?

² Anciano.

« experiencia y entiende bien los intereses y el go- « bierno de su pueblo, no puede tener ninguna « idea de la importancia de nuestros asuntos, « por lo cual soy de parecer de que no se le vuel- « va á hablar de nuestro viage al desierto, y de « que pongamos nuestra confianza en Dios, que « es el gran protector del universo. » Estas pa- « labras produjeron su efecto en el señor Lascaris, quien me dijo abrazándome tiernamente: — « Querido hijo, pongo toda mi esperanza en Dios « y en tí; veo que eres hombre resuelto; estoy « contentísimo de tu entereza de caracter, y « espero conseguir mi objeto con ayuda de tu « valor y de tu constancia. » En seguida fuimos á acostarnos, igualmente satisfechos uno de otro. Empleamos el dia siguiente en recorrer el pueblo, que contiene sobre doscientas casas y cinco iglesias: los vecinos, cristianos siriacos, fabrican *machlas* y *abas* negros, y se ocupan muy poco en el cultivo de la tierra, para el cual les falta agua; en todo el pueblo no hay mas que una fuentecilla, que apenas basta para regar los jardines, cosa absolutamente necesaria donde la lluvia es tan rara: — hay años en que no llueve ni una sola vez. Las cosechas del territorio bastan apenas para seis meses, y lo restante del año los vecinos tienen que recurrir á Homs. En medio del pueblo se alza una torre antigua de una altura

prodigiosa, y que data de la fundacion de una colonia, cuya historia nos contó el jeque : sus fundadores eran oriundos de Trípoli de Siria, donde todavía existe su iglesia. En los tiempos mas florecientes del imperio de Oriente, los Griegos, llenos de orgullo y rapacidad, tiranizaban á los pueblos conquistados : el gobernador de Trípoli ejercia contra los habitantes todo linage de insultos y atrocidades, y estos, poco numerosos para resistir, y no pudiendo ya tolerar aquel yugo, se concertaron en número de trescientas familias, y habiendo reunido en secreto cuantos objetos de valor podian llevarse, partieron con sigilo á media noche, fueron á Homs, y de allí se dirigian hácia el desierto de Bagdad, cuando los alcanzaron las tropas griegas que el gobernador de Trípoli habia enviado en su seguimiento, y contra las cuales sostuvieron un reñido y sangriento combate; pero harto inferiores en número para vencer, y no queriendo á ningún precio sufrir de nuevo la tiranía de los Griegos, entraron en negociacion y obtuvieron el permiso de construir una aldea en el sitio mismo del combate, obligándose á ser tributarios del gobernador de Trípoli. Estableciéronse pues en este sitio, que está á la entrada del desierto, y llamaron á su aldea Saddad (obstáculo). — Esto es cuanto dice la crónica siriaca.

Los habitantes de Saddad son valientes y mansos de condicion. Abrimos nuestros fardos y pasamos algunos dias con ellos para probar que éramos verdaderamente mercaderes : — las mugeres nos compraron mucho lienzo de algodón colorado para hacer camisas; no nos ocupó mucho la venta, pero tuvimos que aguardar la llegada de los Beduinos á las cercanías. Un dia, habiendo sabido que existia, á cuatro horas del pueblo, una ruina considerable y muy antigua en la que se hallaba un baño de vapor, esta maravilla escitó nuestra curiosidad, y deseoso el señor Lascaris de visitarla, suplicó al jeque que nos diese una escolta. Despues de cuatro horas de camino hácia el sudeste, llegamos al centro de una gran ruina donde ya no hay mas que una sola estancia habitable : su arquitectura es muy sencilla, pero las piedras son de un tamaño prodigioso. Al entrar en aquella estancia, vimos una abertura de dos pies cuadrados de donde salia un denso vapor; tiramos por ella un pañuelo, y en minuto y medio, con el reloj en la mano, volvió á salir y cayó á nuestros pies. Hicimos el mismo experimento con una camisa, y al cabo de diez minutos, volvió á subir como el pañuelo : nuestros guias nos aseguraron que un *machlas*, que pesa diez libras, saldria del mismo modo. Nos desnudamos, nos pusimos al rededor del

boquete, y á pocos instantes ya estábamos cubiertos de un abundante sudor que nos corría por el cuerpo; pero el olor de aquel vapor era tan insoportable, que no pudimos aguantarle por mucho tiempo: al cabo de media hora nos volvimos á vestir, experimentando un indecible bienestar. Dijeronnos que aquel vapor era efectivamente muy saludable y curaba un gran número de enfermedades: — de vuelta en el pueblo, cenamos con grande apetito, y no me acuerdo de haber disfrutado nunca un sueño mas delicioso.

Como nada nos quedaba por ver en Sadding ni en las cercanías, resolvimos ponernos en camino para la aldea de Corietain, y cuando hablamos de esto á Naufal, nos aconsejó que mudásemos de nombres, pues los nuestros podian hacernos sospechosos á los Beduinos y á los Turcos: desde entonces el señor Lascaris tomó el nombre de jeque Ibrahim el Cabressi (el Chipriota) y me dió el de Abdalla el Knatib, que significa el escritor.

Diónos el jeque Hasaf una carta de recomendación para un cura Siriaco, llamado Mousi, nos despedimos de él y de nuestros amigos de Sadding, y nos pusimos en camino muy de madrugada. Al cabo de haber andado cuatro horas,

llegamos entre las dos aldeas Mahin y Haurin, situadas á diez minutos una de otra; no tienen cada cual mas que unas veinte casas, la mayor parte arruinadas por los Beduinos, que vienen de cuando en cuando á talarlas. En el centro de estas aldeas se halla una alta torre de construcción antigua: los vecinos, todos musulmanes, hablan el lenguaje de los Beduinos y se visten como ellos. Después de haber almorzado y llenado nuestras odres, continuamos nuestra marcha por espacio de seis horas, y hácia el anochecer llegamos á Corietain, á casa del cura Mousi, que nos ofreció la hospitalidad: — al dia siguiente nos llevó á casa del jeque Selim-el-Dahase, sugeto muy apreciable, que nos recibió perfectamente, y que cuando supo el motivo de nuestro viaje, nos hizo las mismas observaciones que el jeque de Sadding. Respondimosle que conociendo toda la dificultad de nuestra empresa, habíamos renunciado á avanzar hasta el desierto, contentándonos con ir hasta Palmira á vender nuestras mercancías. — « Eso es todavía mas difícil, repuso, porque los Beduinos pueden encontraros y saquearos, » y entonces empezó á contarnos mil cosas tremebundas de los Beduinos; y como el cura confirmaba lo que nos decia el jeque, estábamos á punto de desanimarnos, cuando sirvieron el almuerzo, con lo que

se mudó la conversacion y tuvimos tiempo para reponernos de nuestra pavora.

El jeque Selim es uno de los que estan obligados á proveer á las necesidades de la gran caravana de la Meca, juntamente con el jeque de Palmira; su contingente consiste en doscientos camellos y en provisiones de boca. De vuelta en nuestra casa, jeque Ibrahim me dijo: — « Y qué piensas, hijo mio, de todo lo que acaba de decirnos el jeque Selim? » — « No hay que hacer mucho caso, le respondí, de lo que cuentan los vecinos de estos pueblos, siempre en guerra con los Beduinos, pues no deben ser muy amigos. Nuestra posicion es muy distinta; nosotros somos comerciantes, vamos á vender nuestras mercancías á los Beduinos y no á hacerles la guerra; portándonos bien con ellos, no veo el menor peligro para nosotros. » Estas palabras le tranquilizaron un poco.

Pocos dias despues de nuestra llegada, para sostener nuestro papel de mercaderes, abrimos nuestros fardos en la plaza, en medio del pueblo, delante de la puerta del jeque, y vendí algunos objetos á las mugeres que me pagaron en dinero. Los ociosos se reunian al rededor de nosotros para hablar; uno de ellos, muy joven, llamado Hesaisoun-el-Kratib, me ayudaba á recibir el dinero y á ajustar las cuentas con las mu-

geres y los muchachos, mostrando el mayor celo por mis intereses. Un dia, hallándome solo, me preguntó si era capaz de guardar un secreto. — « Mirad á lo que os obligais, me dijo; se trata de un secreto que no hay que confiar á nadie, ni aun á vuestro compañero. » Dile mi palabra de guardarle, y me dijo que á una hora del pueblo habia una gruta en la que se hallaba una tinaja llena de zequies, y me dió uno de ellos asegurándome que no podia servirse de aquella moneda que no corria en Palmira. — « Pero vosotros, continuó, que vais de pueblo en pueblo, podreis cambiarla fácilmente; vosotros teneis mil medios, que á mi me faltan, de aprovecharos de ese tesoro; sin embargo no quiero daros el total, aunque deo el repartimiento á vuestra generosidad. Vendreis conmigo á reconocer los sitios, trasportaremos ese oro poco á poco en secreto, y me dareis mi parte en moneda corriente. » En vista del zequí di crédito á lo que me decia, y le cité fuera del pueblo para la mañana siguiente muy temprano.

Levántome antes de rayar al alba y salgo como para pasearme. A pocos pasos del pueblo hallo á Hesaisoun que me estaba aguardando, armado con una escopeta, un sable y dos pistolas.

Yo no llevaba por única arma mas que mi

larga pipa; anduvimos cosa de una hora; ¡con qué impaciencia buscaba yo con los ojos la gruta! Al fin la veo, y pronto entramos en ella; miro por todos lados buscando la tinaja, y como no la veo, me vuelvo á Hesaisoun: — « ¿Donde está la tinaja? le dije. » — Púsose muy pálido, y me respondió: — « Sábetelo que ya ha llegado tu última hora: ya hubieras muerto si no hubiera temido manchar con sangre tus vestidos. Antes de matarte quiero despojarte, con que así desnúdame y dame tu saco de dinero, pues sé que le traes contigo, debe contener mas de 4,200 piastras que yo mismo he contado, que es el precio de las mercancías que has vendido. De aquí no saldrás vivo.

— « Perdóname la vida, » le dije con ademán suplicante, y te daré una suma mayor que la que contiene mi saco, y te juro que á nadie hablaré de lo que aquí ha pasado. — No puede ser, me respondió; esta gruta ha de servirte de sepultura; no puedo dejarte la vida sin esponer la mia. »

Juréle mil veces que callaria, le propuse firmar un pagaré de la suma que él mismo fijase, pero nada pudo disuadirle de su horrible intento. En fin, cansado de mi resistencia, deja sus armas junto á la pared y se arroja sobre mí como un leon para robarme antes de matarme. De

nuevo le suplico diciendo: — « ¿Qué daño te he hecho? ¿qué enemistad existe entre nosotros? » — « ¿No sabes que está cercano el dia del juicio? » — « ¿que Dios pedirá cuenta de la sangre inocente?... » Pero su empedernido corazon nada escucha... Pienso entonces en mi hermano, en mis parientes, en mis amigos; creo ver presentes á todos los objetos de mi amor, y, desesperado, no pido proteccion mas que á mi Criador. ¡Oh Dios mio! ¡protector de los inocentes! ¡Dadme fuerzas para resistir!... Mi asesino, impaciente, me arranca mis vestidos... aun que era mucho mas alto que yo, Dios me dió fuerzas para luchar contra él durante cerca de media hora; la sangre corria por mi rostro; mis vestidos estaban hechos pedazos. El infame, viéndome en aquel estado, toma el partido de ahogarme y levanta el brazo para asirme el cuello; aprovecho el momento de libertad que me deja aquel movimiento para darle, con los dos puños un golpe en el estómago, le tiro boca arriba, y cogiendo sus armas, salgo de la gruta corriendo á todo correr; apenas creía en la dicha de verme salvo; pocos momentos despues oí correr detras de mí: — era mi asesino, que me llamaba rogándome que le aguardase con tono muy pacífico. Como yo llevaba todas las armas, no temí pararme un momento, y volviéndome hácia él: — « Malva-

« do, le dije, que me quieres? Has intentado asesinarme en secreto, y tú eres el que vas á ser ahorcado públicamente. » Respondióme, asegurándolo con juramento, que todo aquello no había sido mas que una broma, que había querido probar mi valor y ver como me defenderia: — « Pero, añadió, veo que eres un niño, pues tanto te formalizas. » — Respondí, apuntándole con la escopeta, que si daba un paso mas, le disparaba un tiro: viéndome resuelto á hacerlo, huyó con direccion al desierto, y yo me volví al pueblo, donde jeque Ibrahim, el cura y Naufal empezaban á estar cuidadosos por mi ausencia: el primero, sobre todo, sabiendo que yo no solia alejarme sin avisarle, fué, despues de haberme esperado dos horas, á casa del jeque quien, participando de su inquietud, puso á todo el pueblo en mi busca. En fin Naufal, viéndome, esclama: — « ¡Aquí está! » — Selim cree que se engaña, y aun cuando me acerqué á ellos, apenas me conocian. El señor Lascaris vuela hácia mí y me abraza llorando; casi no puedo hablar; me llevan á casa del cura, me lavan las heridas y me meten en la cama: al cabo cobré aliento para contar mi aventura. Selim envió unos cuantos ginetes en persecucion del asesino, dando á su negro el cordon con que debia ahorcarle, pero volvieron sin haber podido alcanzarle, y

pronto supimos que habia entrado al servicio del bajá de Damasco. Desde entonces no volvió á parecer por Corietain.

Al cabo de pocos dias mis heridas empezaban á cerrarse, y pronto recobré las fuerzas. Jeque Selim, que me habia cobrado mucho cariño, me trajo un dia un catalejo descompuesto diciéndome que seria hombre muy habil si lograba componérsele. Como todo lo que habia que hacer para ello era poner un vidrio, le compuse sin dificultad, y tan contento quedó de mi maña que me dió el dictado de *el industrioso*.

Poco tiempo despues, supimos que los Beduinos se acercaban á Palmira, y ya se veian algunos hasta por las cercanias de Corietain. Un dia llegó uno llamado Selame el Hasan: en casa de Selim estábamos cuando entró; trajeron el café, y mientras le tomábamos, varios vecinos vinieron á ver al jeque y le dijeron: — « Hace ocho años, en tal sitio, Hasan mató á un pariente nuestro; venimos á pedirnos justicia contra el matador. » — Hasan negaba el hecho y preguntaba si habia testigos. — « No los hay, » respondieron, pero se te ha visto pasar solo por tal camino y poco despues hallamos muerto en él á nuestro pariente. Sabemos que medaban entre vosotros motivos de rencor, luego es seguro que tú eres su asesino. » — Hasan